

objeto de tanta asiduidad por parte del público como estima ha logrado. Es preciso que la comedia no degenera en tragedia burguesa: el arte de extender sus límites sin confundirlos con los de las tragedias es un gran arte que sería bueno alentar y vergonzoso querer destruir. Ya es mucho saber dar bien cuenta de una pieza teatral. He reconocido siempre el ingenio de los jóvenes en la manera con que detallaban una pieza nueva que acababan de oír; y he observado que todos los que mejor lo hacían han sido los que han adquirido después mayor reputación en su carrera; tan cierto es que en el fondo se confunden el espíritu de los negocios y el verdadero espíritu de las bellas letras.

Exponer en términos claros y elegantes un asunto á veces embrollado; poner en claro la intriga y el desenlace sin sujetarse á la división en actos; referirlos como una historia; pintar con un soló rasgo los caracteres; decir en seguida lo que ha parecido más ó menos verosímil y más ó menos bien preparado; retener de memoria los versos más felices y dar con el mérito ó el vicio general del estilo, lo he visto hacer algunas veces, pero es muy raro hasta en los literatos que se dedican á ello, porque es más fácil para ciertos espíritus seguir la corriente de sus propias ideas que dar cuenta de las de los demás.

*Acerca de la tragedia.* — Diré acerca de la tragedia lo que próximamente he dicho acerca de la comedia. Ya sabéis cuán honrado ha sido este hermoso arte en Francia: arte tanto más difícil y superior á la comedia, cuanto que hay que ser verdadero poeta para hacer una hermosa tragedia, mientras que la comedia sólo exige algún talento para los versos.

Vos, señor, que entendéis tan bien á Sófocles y Eurípides, no busquéis una vana recompensa del trabajo

que os ha costado entenderlos en el desdichado placer de preferirlos, contra vuestro propio sentimiento, á nuestros grandes autores franceses. Acordaos de que cuando os he desafiado á mostrarme en los trágicos de la antigüedad trozos comparables á ciertos pasajes de las piezas de Corneille, y eso de las menos buenas, los rasgos de que hablo eran, por ejemplo, estos versos de la tragedia de *Nicomedes*. Quiero, dice Prusias <sup>1</sup>:

J'y veux mettre d'accord l'amour et la nature,  
Etre père et mari dans cette conjoncture.

NICOMEDES

Seigneur, voulez-vous bien vous en fier à moi?  
Ne soyez ni l'un ni l'autre.

PRUSIAS

Eh! que dois-je être?

NICOMEDES

Roi.

Reprenez hautement ce noble caractère.  
Un véritable roi n'est ni mari ni père:  
Il regarde son trône, et rien de plus. Régné.  
Rome vous craindra plus que vous ne la craignez.

No deduciréis que las últimas piezas de este padre del teatro sean buenas porque haya en ellas tan hermosos rasgos. Confesad, con todo el público, su extrema debilidad.

*Agésilao y Surena* no pueden disminuir en nada la gloria que *Cinna* y *Poliuto* procuran á Francia. Monsieur de Fontenelle, sobrino del gran Corneille, dice en la vida de su tío, que si pasó demasiado pronto la frase proverbial: *esto es tan hermoso como el Cid*, hay que atribuirlo á los actores que tenían interés en ello. No, los autores no podían dar lugar á la desaparición

1. *Nicomedes*, acto IV, escena III.

de la frase proverbial, como tampoco á la del *Cid*. Fué Corneille mismo el autor del daño, y tuvo la culpa *Cinna*. No digáis con el abate de Saint-Pierre, que dentro de cincuenta años no se representarán ya las piezas de Racine. Compadezco á nuestros hijos si no saben apreciar estas obras maestras de elegancia. ¿De qué tendrán el corazón si no les interesa Racine?

Todo hace creer que los buenos autores del siglo de Luis XIV durarán tanto como la lengua francesa; pero no desalentéis á sus sucesores asegurándoles que no hay nada que hacer y que ya no queda sitio para ellos. Corneille no es bastante interesante, y con frecuencia Racine no es suficientemente trágico. El autor de *Venceslao* y el de *Radamisto* y *Electra*, á pesar de sus grandes defectos, tienen bellezas especiales que faltan á aquellos dos grandes hombres, y es de presumir que estas tres piezas seguirán formando parte del repertorio francés, pues se han sostenido con actores diferentes, lo cual es una verdadera prueba para una tragedia.

¿Qué diré de *Manlio*, pieza digna de Corneille, y del hermoso papel de *Ariadna* y del gran interés que despierta *Amasis*?<sup>1</sup> No os hablaré de las tragedias estrenadas desde hace veinte años; como he compuesto algunas, no me corresponde atreverme á apreciar el mérito de contemporáneos que valen más que yo; y con respecto á mis obras teatrales, todo lo que puedo deciros, rogándoos que lo digáis á vuestros lectores, es que las corrijo todos los días.

Pero cuando aparezca una pieza nueva, no digáis nunca como el odioso autor de *Observations*<sup>2</sup> y de tantos otros folletos: *la pieza es excelente ó es mala; se-*

1 Tragedias de La Fosse, Tomás Corneille y La Grange-Chancel.

2. El abate Desfontaines.

*mejante acto es impertinente ó tal papel es lamentable.* Demostrad sólidamente lo que pensáis de ella y dejad al público el cuidado de dictar el fallo. Estad seguro de que la sentencia se volverá contra vos siempre que decidáis sin pruebas, aun cuando tengáis razón; porque no se os pide vuestro juicio, sino un informe en el proceso que debe sentenciar el público.

Lo que dará, sobre todo, mérito á vuestro periódico, será el esmero que pongáis en comparar las piezas nuevas con las de países extranjeros, fundadas ó basadas en el mismo asunto. Á esto se faltó en el siglo pasado al hacer el examen del *Cid*; se contentaron con citar algunos versos del original español; era preciso comparar las situaciones. Yo quiero suponer que se estrene ahora *Manlio*, de La Fosse; sería muy agradable poner á la vista del lector la tragedia inglesa, de donde está sacada<sup>1</sup>. Si se publica alguna obra instructiva acerca de las piezas del ilustre Racine, desengañad al público de la idea en que está de que los ingleses no han podido admitir en su teatro el asunto de *Fedra*. Decid á los lectores que la *Fedra*, de Smith, es una de las más hermosas piezas que se representan en Londres. Decidles que el autor lo ha imitado todo de Racine, hasta el amor de Hipólito, que ha unido juntamente la intriga de *Fedra* y la de *Bayaceto*, y que, sin embargo, el autor se vanagloria de haberlo sacado todo de Eurípides. Creo que los lectores quedarían encantados si se les pusiese á la vista la comparación de algunas escenas de la *Fedra* griega, latina, francesa é inglesa. De esta suerte entiendo yo que la crítica sana y sabia perfeccionaría más el gusto de los franceses y acaso el de Europa. Pero, ¿qué verdadera crítica po-

1. *Venecia salvada*, de Otway.

seemos desde la que hizo la Academia sobre el Cid, y á a que faltan tantas cosas como al Cid mismo?

*Acerca de las poesías.* — Daréis mucha variación á vuestro periódico si lo engalanáis de cuando en cuando con esas piececitas fugitivas, de excelente cuño, que abundan en las carteras de los curiosos. Hay versos del duque de Nevers, del conde Antonio Hámilton, nacido en Francia <sup>1</sup>, que respiran ya el fuego poético, ya la dulce suavidad del estilo epistolar. Poseemos mil obritas encantadoras de Ussé, Saint-Aulaire, Ferrand, La Faye, Fieubet, del presidente Hénault y de tantos otros. Estas obritas de que os hablo bastaban en otro tiempo para formar la reputación de los Voiture, de los Sarasin y de los Chapelle. Esta clase de mérito era raro entonces. Hoy está más generalizado y da acaso menos reputación; pero no produce menos placer á los lectores delicados. Nuestras canciones valen más que las de Anacreonte, y su número es asombroso. Hasta se encuentran muchas que unen lo moral á lo entretenido, y que anunciadas con arte no perjudicarían de ninguna manera á un periódico serio. Contribuiría á perfeccionar el gusto, sin perjudicar á las costumbres, recordar una canción tan linda como esta, que es del autor de *Doble Viudez* <sup>2</sup>.

Phyllis, plus avare que tendre,  
Ne gagnant rien à refuser,  
Un jour exigea de Lisandre  
Trente moutons pour un baiser.

Le lendemain nouvelle affaire;  
Pour le berger le troc fut bon,  
Car il obtint de la bergère  
Trente baisers pour un mouton.

1. Mejor dicho en Irlanda.

2. Dufresny.

Le lendemain Phyllis plus tendre  
Craignant de déplaire au berger,  
Fut trop heureuse de lui rendre  
Trente moutons pour un baiser.

Le lendemain, Phyllis plus sage,  
Aurait donné moutons et chien  
Pour un baiser que le volage  
A Lisette donnait pour rien.

Como no hay todos los días libros nuevos que merezcan vuestro examen, estos trozos de literatura pueden llenar muy bien los huecos del periódico. Si hay algunas obras en prosa ó verso que hagan mucho ruido en París, que dividan la opinión del público y acerca de las cuales sea necesaria una critica ilustrada, habrá que atreverse á servir de maestro al público sin parecerlo, y llevándole como por la mano, hacerle notar las bellezas sin énfasis, y los defectos sin acritud. Entonces apreciarán en vos la critica que se detesta y desprecia en otros.

Uno de mis amigos, examinando tres epistolas de Rousseau en versos decasilabos, que dieron mucho que hablar hace algún tiempo, hizo de la segunda, en la que se insulta á todos nuestros autores, un examen que parecía dictado por la exactitud y la moderación, y en que hacía comprender, sin amargura, toda la debilidad de semejantes epistolas. No habia treinta versos en las obras de Rousseau publicadas en Alemania, que se librasen de su justa censura, y, para mayor instrucción de los jóvenes, comparaba con esta obra otra del mismo autor, relativa á un asunto literario casi semejante. Citaba versos de la epístola á las musas imitados de Despréaux, y este objeto de comparación lograba persuadir más que las discusiones más sólidas y sutiles.

De la exposición de todos estos versos decasilabos tomaba ocasión para hacer notar que no hay que confundir los versos de cinco pies con los versos maróticos. Demostraba que el estilo llamado de Marot no debe admitirse sino en un epigrama ó en un cuento, como las figuras de Callot no deben aparecer sino en cosas grotescas. Pero cuando hay que poner la razón en verso, pintar, conmovier y escribir elegantemente, entonces esa mezcla monstruosa de la lengua que se hablaba hace doscientos años y de la de nuestros días, parece el abuso más condenable que haya podido deslizarse en la poesía. Marot hablaba su lengua y nosotros debemos hablar la nuestra. Ese abigarramiento es tan insoportable para los hombres de juicio como lo sería la arquitectura gótica mezclada con la moderna. Tendréis ocasión de destruir ese gusto falso. Los jóvenes cultivan ese estilo, porque es desgraciadamente fácil. Seguramente debió costar bastante á Despréaux decir elegantemente (*Arte poética* cap. IV):

Faites choix d'un censeur solide et salulaire,  
Que la raison conduise et le savoir éclairé,  
Et dont le crayon sûr d'abord aille chercher  
L'endroit que l'on sent faible, et qu'on se veut cacher.

Pero es muy fácil y muy elegante decir:

Donc si Phébus ses échecs vous adjuge,  
Pour bien juger consultez un bon juge.  
Pour bien jouer, hantez les bons joueurs;  
Surtout craignez le poison des loueurs  
Accostez-vous de fidèles critiques.

(*Epistola á Clemente Marot.*)

No quiere decir esto que haya de condenar los versos familiares en estas obras poéticas; por el contrario, son necesarios, como las articulaciones en el cuerpo humano, ó, mejor dicho, como las paradas en un viaje:

Et sermone opus est, modo tristí, saepe jocosó,  
Defendente vices modo rhetoris atque poetæ,  
Interdum urbani parentis viribus, atque  
Extenuantis eas consulto,

(Hor., lib. I, sát. X.)

No todo debe ser objeto de adorno; pero no debe haber nada que cause repugnancia. Un lenguaje obscuro y grotesco no es la sencillez, sino la grosería rebuscada.

*De las misceláneas de literatura y de las anécdotas literarias.*

Reuno aquí bajo el nombre de misceláneas de literatura todos los trozos sueltos de historia, elocuencia, moral y crítica, y esas novelitas que aparecen con tanta frecuencia. Tenemos obras maestras en todos estos géneros. No creo que ninguna nación pueda vanagloriarse de tener tan gran número de lindas obras literarias. Es verdad que hoy día este género fácil produce una multitud de autores; de cien años á esta parte podrían contarse de cuatro á cinco mil. Pero el lector se conduce con los libros como el individuo de una ciudad con los demás hombres. No se vive con todos sus contemporáneos, sino que se escogen algunos amigos. No debe causarnos más asombro ver ciento cincuenta mil volúmenes en la biblioteca del rey, que setecientas mil almas en París. Las obras de pura literatura en que se encuentran con frecuencia cosas agradables, entretienen sucesivamente á la gente honrada, sirven de solaz al hombre serio en el intervalo de sus trabajos, y mantienen en la nación esa flor de ingenio y esa delicadeza de ingenio que constituyen su carácter.

No condenéis con dureza todo lo que no sea La Rochefoucauld, ó La Fayette, todo lo que no sea perfecto

como la *Conspiración de Venecia*, del abate Saint-Real, ni tan entretenido ni original como la *Conversación del tío Canaye y el mariscal de Hocquincourt*, escrita por Charleval, y á la que Saint-Évremond ha agregado un final menos entretenido y algo más lánguido; en fin, todo lo que no sea tan natural, tan delicado como el *Viaje*, si bien algo desigual, de Bachaumont y de Chapelle.

Non, si priores Mæonijs tenet  
Sedes Homerus, Pindaricæ latent  
Cæaque, et Alcæi minaces,  
Stesichorique graves Camenæ;  
Nec, si quid olim lusit Anacreon  
Delevit ætas; spirat adhuc amor  
Vivuntque commisi calores  
Æoliæ fidibus pullæ.

(HOR., oda IX, lib. IV.)

En la exposición que hagáis de estas obras ingeniosas, bromeando, á su ejemplo, con vuestros lectores, y repartiendo flores al mismo tiempo que los autores de que habléis, no incurráis en la severidad de algunos críticos que quieren que todo esté escrito conforme al gusto de Cicerón ó de Quintiliano. Gritan que la elocuencia está enervada, que el buen gusto se ha perdido, porque se haya pronunciado en la Academia un discurso florido que no sentaría bien en el foro. Desearían que un cuento se escribiese en el estilo de Bourdaloue. ¿No han de distinguir nunca tiempos, lugares ni personas? ¿Pretenden que Jacob, en el *Aldeano enriquecido*<sup>1</sup>, se exprese como Pellison ó Patru? Á todas las grandes obras les conviene una elocuencia varonil, noble y enemiga de los adornos nimios. Un pensamiento demasiado delicado sería una mancha en el

1. Novela de Marivaux.

*Discurso sobre la historia universal* del elocuente Bossuet; pero en una obra de entretenimiento, en un cumplido, en una broma, tienen puesto adecuado todas las gracias ligeras, la inocencia y la delicadeza, y los más nimios adornos.

Hagamos examen de conciencia. ¿Hablamos de negocios en el mismo tono con que hablamos en una reunión entretenida ó de sobremesa? Los libros son la pintura de la vida humana; hacen falta sólidos, pero también se deben tolerar los agradables. Al citar los rasgos ingeniosos de todos esos libros, no olvidéis de indicar los que son casi semejantes á los de los otros pueblos ó á los de nuestros antiguos autores; se nos dan pocos pensamientos que no se encuentren en Séneca, en Luciano, en Montaigne, en Bacon y en el *Espectador inglés*; compararlos entre sí (y en eso consiste el gusto), equivale á excitar á los autores á decir cosas nuevas, y á mantener la emulación, que es la madre de las artes.

Qué satisfacción para un lector delicado ver de una sola ojeada las ideas que Horacio expresó en versos descuidados, pero con palabras tan expresivas, lo que Despréaux ha traducido de un modo tan correcto, y lo que Dryden y Rochester han renovado con el fuego de su ingenio. Sucede con estos paralelos como con la anatomía comparada, que hace conocer la naturaleza. De esta suerte lograréis hacer ver con frecuencia, no solamente lo que un autor ha dicho, sino lo que hubiera podido decir; porque si no hacéis sino repetir lo que él ha dicho, ¿qué falta hace el periódico?

*Acerca de las lenguas.* — Es preciso que un buen periodista sepa, por lo menos, inglés é italiano; porque hay muchas obras de genio escritas en estas lenguas, y el genio casi nunca se traduce. Creo que estas

son las dos lenguas de Europa más necesarias para un francés. Los italianos son los primeros que han sacado las artes de la barbarie; y hay tanta grandeza, tanta fuerza de imaginación hasta en las faltas de los ingleses que nunca podremos aconsejar demasiado el estudio de su lengua.

Es triste que el griego se vea desdeñado en Francia; pero un periodista no debe ignorarlo. Sin ese conocimiento, hay un gran número de palabras francesas, de que jamás tendría sino una idea confusa; porque desde la aritmética á la astronomía no hay ninguna palabra técnica que no se derive de esta lengua admirable. Apenas existe un músculo, un ligamento en nuestro cuerpo ni una enfermedad ó un remedio cuyo nombre no sea griego. Que me den dos jóvenes, uno de los cuales conozca esta lengua y el otro no, sin que ninguno de ellos tenga la menor tintura de anatomía; al oír decir que un hombre está enfermo de *diabetes*, que hay que hacer á tal individuo una *paracentesis*, y que tal otro tiene una *anquilosis* ó un *bubonocèle*; el que conoce el griego conocerá en seguida de qué se trata, porque ve lo que significan las palabras compuestas, mientras que el segundo no comprenderá absolutamente nada.

Algunos malos periodistas se han atrevido á dar la preferencia á la *Iliada* de La Motte sobre la de Homero. Seguramente si hubiesen leído á Homero en su lengua, hubieran visto que la traducción es tan inferior al original como Segrais á Virgilio.

Un periodista versado en la lengua griega no podrá menos de observar en las traducciones que Tourreil ha hecho de Demóstenes, algunas cosas muy flojas en medio de sus bellezas. « Si alguien, dice el traductor, os pregunta, señores atenienses, si estáis en paz, res-

ponderéis: No, vive Júpiter, estamos en guerra con Filipo. » El lector, en vista de esto, podría creer que que Demóstenes bromea á destiempo; que los términos familiares: *señores atenienses*, y *vive Júpiter*, reservados para la comedia vulgar, corresponden á expresiones griegas exactamente iguales. No hay nada de eso y la falta recae por completo en el traductor. Hay por el mismo estilo mil pequeños descuidos análogos, que un periodista ilustrado puede hacer observar con tal que al mismo tiempo haga notar las bellezas.

Pero conviene también que vuestra afición á las lenguas extranjeras no os haga despreciar lo que se ha escrito en vuestra patria. No seáis como aquel falso melindroso á quien hace decir Petronio:

Ales phasiacis petita Colehis  
Atque afræ volucres placent palato...  
Quidquid quæritur optimum videtur.

En la biblioteca del abate de Longuerue, no se halló más que un tomo de Malherbe en materia de poesía francesa. Desde el punto de vista de las bellas letras, desearía, repito, que fuésemos de todos los países, pero sobre todo del nuestro. Aplicaría á este propósito unos versos de M. de La Motte, que algunas veces los ha hecho excelentes:

C'est par l'étude que nous sommes  
Contemporains de tous les hommes  
Et citoyens de tous les lieux.

*Sobre el estilo del periodista.*—En cuanto al estilo de un periodista, Bayle es tal vez el primer modelo, si hace falta uno; es el más profundo dialéctico de todos los que han escrito; es casi el único compilador que tenido buen gusto. Sin embargo, en su estilo, siempre claro y natural, hay demasiada negligencia, demasiado olvido

de las conveniencias, y sobra de incorrección. Es difuso: en verdad suele conversar con sus lectores como Montaigne, y al hacerlo encanta á todo el mundo, pero se abandona á cierta molicie de estilo y á expresiones triviales propias de una conversación demasiado sencilla, y esto les repugna con frecuencia á los hombres de gusto.

Nul chef-d'œuvre par vous écrit jusqu'aujourd'hui  
Ne vous donne le droit de faillir comme lui <sup>1</sup>.

No debe emplearse nunca una palabra nueva á no ser que reúna estas tres cualidades: ser necesaria, inteligible y sonora. Las ideas nuevas, sobre todo en física, exigen expresiones nuevas; pero substituir á una palabra usada otra que sólo tenga el mérito de la novedad, no es enriquecer la lengua, sino echarla á perder. El siglo de Luis XIV merece este respeto por parte de los franceses, los cuales no deben hablar otra lengua que la que constituye la gloria de aquel brillante período.

Uno de los mayores defectos de las obras de este siglo consiste en la mezcla de estilos, y sobre todo en querer hablar de las ciencias como se hablaría de una conversación familiar <sup>2</sup>. Veo los libros más serios deshonrados por el uso de expresiones que parecen rebuscadas con relación al asunto, pero que en realidad son bajas y triviales.

Este defecto procede de un origen respetable, se teme incurrir en el pedantismo y se pretende adornar las materias más áridas; pero

In vitium ducit culpæ fuga, si caret arte.

(HOR.)

1. Parodia de dos versos de *Fedra*.

2. Voltaire critica aquí á Fontenelle.

Paréceme que todo hombre honrado prefiere cien veces más á una persona pesada, pero cuerda, á un gracioso de mal gusto. Las demás naciones no incurrir generalmente en este ridículo. La razón es que en ellas nadie se desdeña, como en Francia, de parecer lo que es. En Alemania y en Inglaterra un físico es un físico; en Francia quiere ser, además, un hombre ocurente. Voiture fué el primero que logró fama por su estilo familiar. Eso se llama escribir como hombre de mundo y cortesano; ese es el tono de la buena sociedad. Se pretendió después escribir acerca de cosas serias con ese tono de la buena sociedad, que con frecuencia no se podría soportar en una carta.

Esta manía ha inficionado muchos escritos, por otra parte razonables. Hay en esto más pereza aún que afectación, porque esas expresiones humorísticas que nada significan, y que todo el mundo repite sin darse cuenta de ello; esos lugares comunes son más fáciles de encontrar que una expresión elegante. Las cuestiones filosóficas no se deben tratar con la familiaridad del estilo epistolar, sino con la familiaridad del estilo de Cicerón. Malebranche, menos puro que Cicerón, pero más enérgico y lleno de imágenes, me parece un gran modelo en este género, y ojalá hubiera empleado en plantear verdades tanta solidez como elocuencia en exponer sus opiniones.

Locke, menos elevado que Malebranche, y acaso demasiado difuso, pero más elegante, se expresa siempre en su lengua con nitidez y gracia; su estilo es encantador, *puroque simillimus amni*. En estos autores no se nota ningún deseo de brillar á destiempo, ninguna ironía ni artificio. No lo sigáis servilmente *o imitatores servum pecus*, sino á ejemplo suyo, penetraos de ideas profundas y justas. Entonces las palabras acudirán sin

violencia *rem verba sequuntur*. Observad que los hombres que mejor han pensado son también los que mejor han escrito.

Si la lengua francesa ha de corromperse muy pronto, esta alteración procederá de dos puntos: uno el estilo afectado de los autores que viven en Francia; otro, la negligencia de los escritores que residen en el extranjero. Los papeles públicos y los periódicos se hallan de continuo inficionados por impresiones impropias á las que el público se acostumbra á fuerza de leerlas.

Las construcciones viciosas, nacen también del estilo bárbaro que desgraciadamente se ha conservado en el foro y en algunos edictos en que se hace hablar al rey un lenguaje gótico. Este estilo gótico de los edictos y de las leyes se parece á una ceremonia en la que se llevan vestimentas antiguas; pero no hay que llevarlas fuera de ella. Hasta sería preferible que las leyes que se hacen para que todo el mundo las entienda fácilmente, empleasen el lenguaje ordinario. Debería imitarse la elegancia de la *Instituta* de Justiniano. Pero ¡cuán lejos estamos de la forma y del fondo de las leyes romanas!

Los escritores deben evitar este abuso en el que incurren todos los gacetistas del extranjero. Hay que imitar el estilo de la *Gaceta* que se escribe en París. Por lo menos dice correctamente cosas útiles.

La mayor parte de los literatos que trabajan en Holanda, centro del más activo comercio de libros, incurren en otra especie de barbarie que consiste en imitar el lenguaje y las expresiones de los comerciantes. He visto traducciones de excelentes libros llenas de dichas expresiones. La sola exposición de semejantes faltas, debe bastar para corregir á los autores. ¡Ojalá fuese tan fácil remediar el vicio que produce todos los

días tantos escritos mercenarios, tantos extractos infieles, tantas mentiras y tantas calumnias, con que inunda la prensa la república de las letras!

### AL SEÑOR MARQUÉS DE THIBOUVILLE

11 de Enero de 1776.

Mi querido marqués, os agradezco el que os hayáis humanizado al fin conmigo y me hayáis escrito cartas que hablan de algo. Tengo la desgracia, en medio de mi soledad, de no conocer ni el *Aldeano pervertido* ni el *Soltero*; pero me parece gracioso que no enseñe sino á Madama Denis lo que tenéis la complacencia de escribirme. Los señores de París se imaginan siempre que el resto de la tierra es como el faubourg Saint-Germain y el Palacio Real, y que al salir de la Ópera, los suizos cuentan las noticias del día, antes de cenar, con quince ó veinte amigos íntimos. Mi soledad sólo es interrumpida por las aclamaciones de diez ó doce mil habitantes que bendicen á M. Turgot.

Nuestra pequeña provincia es, al presente, la única provincia que se halla libre de los esbirros y de los arrendadores generales. Disfrutamos el placer de ser libres. No hay, entre nosotros, ni un solo aldeano pervertido, y no hay tal vez ninguno, sino yo, que sepa si han representado el *Soltero* ni el *Condestable de Borbón*.

Los desertores que vuelven en bandadas, y que pasan por nuestro país, cantan las alabanzas de M. de Saint-Germain, como nosotros cantamos las de M. Turgot.

No dudo que debe haber algunos financieros en París cuyas voces no forman coro con nuestras alabanzas; ya sabemos que las sanguijuelas no cantan, y á nos-